



¿Quién es Madrid?

A esa edad, cuando apenas alcanzaba a ver por encima de la ventanilla del coche, me tumbaba sobre el asiento y miraba cómo las luces de las farolas se movían rápidamente. Una especie de efecto óptico las unía y las separaba. Por entonces la ciudad era ocre y más oscura, pero recuerdo que, cuando aparecía el luminoso rojo de Iberia en lo alto de un edificio, como un faro urbano, sabía que ya estaba cerca de casa.

De forma inadvertida, el tiempo nos transforma. Esas gorras castizas que aparecen en las fotografías antiguas adquieren logos y grandes viseras, los comercios pierden sus rótulos, los luminosos desaparecen y los vecinos de toda la vida se mudan. Las calles cambian y los espacios que creíamos permanentes empiezan también a desvanecerse. Después llega la nostalgia. Y el problema de la nostalgia (como el de las cebollas) es que nubla la vista y, durante un instante, hace que nos preguntemos: ¿dónde está Madrid? Como si Madrid fuese esa amiga que se fue de Erasmus hace años y que, cuando vuelve, habla con un acento algo extraño.

Quizá Madrid no esté exactamente donde quiero encontrarla. No está en sus edificios, sus calles, sus museos o sus mercados, ni tampoco en mis recuerdos. Madrid sucede en algún lugar entre el espacio y quienes lo habitan. Y entonces me asalta una pregunta inevitable: ¿cómo fotografiar aquello que ya no conseguimos ver?

Madrid me enseñó a mirar antes de que yo supiera que estaba mirando y ahora que me corresponde fotografiarla intento comprender qué parte de esa mirada pertenece a la ciudad y qué parte me pertenece a mí.

En Usera, rodando con Juan *Madrid Ext.*, una tarde de muchas. La calle está allí, aparentemente completa. Los edificios, los árboles, los coches empastando las aceras,

alguna persiana todavía bajada. La luz cae donde tiene que caer y busco un encuadre que por fin me convenza. No funciona. Todavía no es Madrid.

Entonces aparece alguien. Cruza la calle con prisa, levanta una persiana, arrastra un carro de la compra o espera a que cambie el semáforo con una extraña mezcla de paciencia y chulería. No ha ocurrido gran cosa y, sin embargo, la imagen ya es otra.

Otro día rodando en Vallecas:

- ¿Estás grabando por Madrid? Tienes que ir al Parque de las Siete Tetas. Ah, y los atardeceres de Ciudad Universitaria son los mejores. ¿Conoces la cafetería de El Corte Inglés de Callao? Brutales las vistas.

- Perdona, es que me haces sombra.

- ¿Qué haces?

- Estoy grabando este churro.

Ese churro es Madrid.



¿Cómo fotografiar aquello que ya no conseguimos ver cuando no lleva su nombre escrito? Quizá tenemos que aprender a mirar de nuevo. Encuadrar significa elegir, decidir qué parte entra y cuál dejamos fuera. Una vez hecho, algo de todo ese Madrid queda allí.

Esto mismo descubro cuando vuelvo a las películas de quienes miraron antes que nosotros. *Cielo negro*, *Surcos*, *El mundo sigue*, *Abre los ojos*, *Barrio...*, vistas hoy, parecen respuestas diferentes a una misma pregunta. Cada una encontró Madrid en un lugar diferente: en una calle, en una forma de atravesar la ciudad, una periferia, o incluso en el acto imposible de vaciarla por completo. Quizá por eso resulte extraño hablar de un Madrid cinematográfico. Lo que existen son miradas.

Porque una película no conserva una ciudad tal y como era. Conserva la forma en que alguien decidió mirarla, aunque el tiempo acaba haciendo algo curioso con todas esas miradas. Con los años empezamos a fijarnos también en aquello que quizá nadie pretendía enseñarnos: un carro aparcado, una tienda que ya no existe, un neón, una manera de vestir, un guardia que cruza el fondo de un plano. Lo que entonces era simplemente parte de la calle termina adquiriendo una importancia inesperada. La cámara ve más allá de lo que creemos estar filmando.



Supongo que con mis películas ocurrirá lo mismo. Algún día alguien encontrará en esas imágenes un Madrid distinto al que yo creía estar fotografiando. Tal vez se detenga en un comercio que haya desaparecido, en la ropa que llevábamos, en una Gran Vía completamente transformada o en ese churro de Vallecas. Algo que hoy apenas reclama nuestra atención acabará, con los años, siendo la prueba de que aquella ciudad existió.

El colectivo Paco Graco sentencia: "No va a quedar nada de todo esto". Y quizá tengan razón. Con el tiempo, aquel faro urbano de color rojo sobre una azotea dejará de brillar y acabará convertido en un trasto apagado dentro de una nave a las afueras. Sé que llegará un día en que Madrid no me reconozca y yo tampoco termine de reconocerla, quizá empeñado en encontrar en sus calles el recuerdo de una ciudad que ya no existe.

Pero seguirá siendo Madrid.

Javier Bermejo AEC